

### CAPÍTULO III.

#### MISION DE LA ANTIGÜEDAD.

Jamas se ha preguntado á sí misma la antigüedad cuál fuese su mision; viviendo al dia, y, por decirlo así, al acaso, no se inquietaba por saber el fin á que se dirigia; no teniendo conciencia de un gobierno providencial ni de la vida progresiva de la humanidad, ni aún sospechaba que tuviese una mision que cumplir. Sin embargo, el fatalismo antiguo ocultaba una direccion providencial, que Dios mismo ha revelado por la sucesion de los acontecimientos. La antigüedad ha conducido al cristianismo; cuando se miran los hechos desde un punto de vista general, se les ve tender todos á este fin; se puede, pues, decir que el trabajo de los pueblos antiguos tenía por objeto la preparacion del reinado del Evangelio. Esta idea es una concepcion cristiana; pero el punto de vista en que se colocan los escritores ortodoxos es demasiado estrecho, aún cuando el águila de Meaux, colocándose sobre los pueblos, los juzgue como si fuese el órgano de la justicia eterna. Bossuet está tan penetrado del pensamiento de que la antigüedad no tiene otra razon de sér que la de preparar el terreno á Cristo, que absorbe toda la historia antigua en la de los Judíos. Todo lo refiere al pueblo de Dios: las demas naciones no figuran más que como instrumentos de la Providencia; su papel se limita á establecer la unidad material del mundo antiguo, á fin de facilitar la predicacion del Evangelio. Sólo los Judíos son los precursores de Jesucristo, como depositarios de la Ley Antigua, que el Hijo de Dios vino á

completar. Hay una parte verdadera en esta apreciacion de la antigüedad; pero es demasiado exclusiva. Jesucristo ha tenido otros precursores más que Moisés, y la antigüedad otra mision que la de preparar el cristianismo.

Es cierto que, si el aislamiento de los pueblos antiguos hubiese continuado, hubiera sido imposible la propagacion del Evangelio. En este sentido bien puede decirse con los Padres de la Iglesia que el pueblo rey facilitó la mision de los apóstoles uniendo el mundo antiguo en un solo imperio. Tal fué la obra de la guerra y de las conquistas.

Ciceron dice que no ha habido jamas un grande hombre que no haya tenido inspiracion divina (1). Bien puede aplicarse esta frase profunda á los conquistadores: tienen una mision providencial; los más grandes tienen conciencia de ello, y por esto la humanidad, con justicia, los saluda con el nombre de héroes; otros son instrumentos en manos de Dios; todos cooperan al gran trabajo de la unidad humana. Los pastores feroces que inundaban regularmente el Asia como un torrente devastador, estaban llamados á formar el primer eslabon de la cadena que habia de unir la Europa y el Oriente. La obra empezada por los Asirios fué acabada por los Persas: los Grandes Reyes fueron los primeros en manifestar la orgullosa pretension de dominar el universo. Este desigmo, que los Persas eran incapaces de realizar, fué la tarea de un conquistador que, á pesar de los lunares que su historia presenta, aparece como el ideal de los tiempos antiguos. Lo que en los nómadas habitantes del Asia no era más que un vago instinto, se convirtió en Alejandro en una idea noble y llena de grandeza. Tuvo la ambicion de conquistar la tierra para formar con sus habitantes una sola familia, en la cual desapareciese la odiosa distincion de Griegos y Bárbaros: era un resplandor de la fraternidad que Jesucristo habia de enseñar á los hombres. El proyecto de una monarquía universal pasó del héroe macedónico á un pueblo admirablemente caracterizado por los poetas, los historiadores y los

(1) *Nemo vir magnus sine aliquo afflatu divino unquam fuit.* CICER., *De Nat. Deor.*, II, 66.



filósofos, bajo el nombre de *pueblo rey* (1). Tenía, en efecto, la tenacidad y la perseverancia de ambición que distinguen á las razas de reyes: habia nacido «para vencer y gobernar á las naciones» (2). Bajo las leyes de Roma se reunió una gran parte del mundo antiguo. Este trabajo de unidad, ¿no tuvo más fin que el de facilitar el camino á los apóstoles de Cristo? Tanto valdria decir que el cristianismo es la última palabra de Dios, el término en que debe detenerse la humanidad. Sería, además, preciso considerar como inútil, y en caso de necesidad rechazar y condenar todo aquello que en el mundo antiguo no tiene que ver con el cristianismo. Este lenguaje estaria bien en un sectario; pero no puede ser el de un historiador. La antigüedad ha preparado el cristianismo, no solamente estableciendo relaciones materiales entre los pueblos, sino tambien desarrollando las ideas y las creencias que más tarde han pasado al dogma cristiano. Por otra parte, el cristianismo no es la verdad milagrosamente revelada, absoluta y definitiva, como dicen los cristianos: es un eslabon en la cadena sin fin de los destinos de la humanidad: ha sido preparado por la antigüedad, y á su vez prepara una era nueva. En la nueva civilizaci6n hay elementos hostiles á Cristo, y esta oposici6n contra la religion cristiana ha sido inspirada en gran parte por el genio de la antigüedad. Es preciso considerar de este modo las cosas para juzgar con acierto aquella edad.

Decimos que el cristianismo tiene sus antecedentes en las ideas y creencias de los antiguos. Esto será una herejía en opinion de muchos cristianos; pero á los ojos de la filosofia es tan claro como la luz del sol. Si el suelo no está bien preparado, la semilla no germina. Una religion nueva que no salga del fondo mismo de la sociedad, es una imposibilidad moral. Conocian tanto esta necesidad los Padres de la Iglesia, que confesaban que el gentilismo habia sido preparado por sus filósofos para recibir la predicaci6n evangélica, de la misma manera que los Hebreos lo habian sido

(1) VIRGIL., *Æneid.*, I, 21: «*Populus late rex.*» — TACIT., *Annal.*, III, 6: «*Populus imperator.*» — CICER., *Pro domo*, 33: «*Dominus regum victor atque imperator omnium gentium.*»

(2) «*Tu regere imperio populos, Romane memento.*» VIRGIL.

por sus profetas; y hasta consideraban á los filósofos como los profetas de los gentiles. Para conciliar esta opinion con el dogma de una revelaci6n milagrosa, imaginaron poner á los sabios de la Grecia en relacion con el mosaismo. Convencidos de que los paganos habian tomado su filosofia en la fuente sagrada de la primera revelaci6n, no vacilaron en decir que la religion cristiana existia en esencia ántes de la venida de Jesucristo (1). Aceptamos su declaraci6n: en efecto, las verdades predicadas por Cristo eran conocidas ántes de su venida; todo lo que hoy llamamos religion cristiana, preexistia á su venida, como dice San Agustín. Pero, para explicar este cristianismo anterior á Cristo en el seno del gentilismo, no recurriremos, como los Padres de la Iglesia, á hipótesis completamente desmentidas por la historia, y forjadas evidentemente con un fin preconcebido. No, Platon no ha conferenciado en Egipto con el profeta Jeremías; no, Aristóteles no ha aprendido de los rabinos su filosofia; no, Sócrates no es un discípulo de Moises. No han necesitado los filósofos de ninguna revelaci6n milagrosa para conducir á la humanidad hasta los umbrales del cristianismo; se han inspirado en la misma revelaci6n en que Jesucristo se ha inspirado, en la revelaci6n permanente de Dios en la humanidad.

Debemos decir más: no solamente el género humano estaba preparado para recibir la *buená nueva*, sino que el cristianismo tiene sus raíces en todas las doctrinas religiosas y filosóficas que le han precedido. El cristianismo se deriva directamente del mosaismo; ahora bien, ¿qué era la religion de Moises? La pretensi6n de buscar en una revelaci6n milagrosa el origen de la Ley Antigua, es imposible; la ciencia ha demostrado que los libros sagrados de los Judíos son una obra humana, y que los que contienen la legislaci6n de Moises han sido redactados muchos siglos despues del gran legislador. Preciso es, pues, buscar un origen humano á la primera revelaci6n, y estudiando los hechos, sin dejarse dominar

(1) AUGUSTINUS, *Retractat.*, lib. I, c. 13, § 3: «*Res ipsa, quæ nunc christiana religio nuncupatur, erat apud antiquos, nec defuit ab initio generis humani, quousque ipse Christus veniret in carne, unde vera religio, quæ jam erat, cepit appellari christiana.*» Compárese el t. IV de mis Estudios.



por preocupaciones religiosas, se advierte que los Gentiles iniciaron á Moisés, y no Moisés á los Gentiles. Los Padres de la Iglesia censuran á los Judíos por haber tomado su culto de Egipto; nosotros adoramos la Providencia precisamente en lo que ellos encuentran censurable. Educado Moisés por los sacerdotes egipcios, tomó de su enseñanza cuanto tenía de más íntimo y profundo la sabiduría sacerdotal, y lo trasmitió á la humanidad, añadiendo á tan noble herencia las inspiraciones de su propio genio. No se limitó á esto la iniciación del pueblo de Dios. Los israelitas eran realmente el pueblo escogido, porque Dios trabajaba en su educación, aún cuando parecía que los castigaba. El destierro puso á la raza de Israel en contacto con los sectarios de Zoroastro: nadie pone en duda la influencia del mazdeísmo sobre las creencias de los Judíos. Había en el Oriente otra religion mucho más extendida que el culto de Ormuzd. El buddhismo presenta asombrosas analogías con el cristianismo: parécenos innegable el parentesco entre ambos, si bien la historia no nos dice por qué medio de comunicación se verificó. ¿Sería tal vez por medio de los Esenios, esos monjes judíos que son casi completamente cristianos? Los descendientes de Israel adquirieron también la sabiduría de los Gentiles por medio de las conquistas de Alejandro; la filosofía griega penetró en Jerusalem. La filosofía en su ocaso se hizo religiosa y buscó la ciencia en los dogmas del Oriente. Esta fusión de doctrinas y de cultos infundió al mundo un espíritu religioso, una ansiedad universal, que se satisfizo con la venida de Cristo. El cristianismo no está todo contenido en el Evangelio: los dogmas, propiamente dichos, han sido obra de los Padres de la Iglesia, y fueron formulados por los concilios. ¿De dónde venían los pensadores cristianos? Del gentilismo. ¿Dónde habían sido formados? En las escuelas de los filósofos. Bajo la influencia de la filosofía, la *buena nueva* se transformó en doctrina teológica.

Si la antigüedad tenía conciencia de todas las verdades que forman la esencia del cristianismo, ¿cómo es que no pudo realizarlo? ¿Por qué fué una necesidad providencial la venida de Cristo? La edad que prepara no es la edad que realiza; no siempre recoge los frutos el mismo que ha sembrado el campo. Los sabios, los filósofos, los profetas del mundo antiguo prepararon el cristianismo;

profesaban aquella religion cristiana anterior á Cristo de que habla San Agustin; pero las masas seguían creyendo en el politeísmo. Este hecho universal era tan poderoso, que dominó á las inteligencias más elevadas. Cuando el cristianismo manifestó claramente su ambición de absorber en una religion nueva, única, verdadera, todos los cultos, se produjo un movimiento análogo en el mundo pagano. Pero la fusión de las doctrinas filosóficas y de las creencias religiosas solamente produjo un sincretismo, y esto prueba indudablemente que los antiguos carecían de la verdadera noción de la unidad. Los últimos pensadores del paganismo transigieron con la mitología, interpretándola á su manera; sin reparar que con esto legitimaban los errores que rechazaban. Así es que en la multiplicidad de los dioses encontraban la razón de la diversidad de las razas humanas. Esto hacía fatal la división, puesto que la fundaba en un falso concepto de la divinidad. Con semejante doctrina, los vicios de la antigua sociedad, y sobre todos la esclavitud, que era el principal, hubieran sido eternos. La antigüedad, fundada en la negación de la unidad humana, tenía que perecer y dejar paso á un nuevo mundo fundado en la unidad de los hombres y de Dios.

¿Es el dogma cristiano la verdad absoluta, definitiva? La filosofía no vacila en contestar que no. Y dice que no, por las mismas razones que han tenido los Padres de la Iglesia para negar la revelación de Moisés. También aquella era una revelación divina, milagrosa; sin embargo, los doctores cristianos confesaban que no contenía toda la verdad, porque Dios tenía que ir dando la educación proporcionada al estado intelectual y moral de los pueblos; era necesaria, dicen, para el hombre una religion diferente que para el niño. Lo cual quiere decir que las creencias varían necesariamente y se modifican según las necesidades, las ideas y los sentimientos de los hombres. Los Padres de la Iglesia sostenían que el cristianismo era la revelación definitiva, porque creían, como Jesucristo y los apóstoles, que el mundo estaba en su última edad y próximo á su fin. No creían que tenían ante sí millares de siglos, y que la sociedad del porvenir reclamaria una creencia nueva en armonía con su desarrollo intelectual y moral. Podemos, pues, apoyarnos en la doctrina misma de los Padres y decir que



esta sociedad nueva necesita una religion diferente que la sociedad antigua.

El cristianismo, nacido en la antigüedad, reproduce en parte los vicios del mundo antiguo en el terreno de la religion. La antigüedad vino á parar á una monarquía universal. Este ha sido el sueño de los conquistadores desde que aparecen en la historia; sueño que seduce algo cuando alienta la ambicion de un Alejandro; pero, para juzgarlo, basta ver á qué quedó reducido este ideal, cuando fué realizado por el pueblo rey: la magnífica unidad del Imperio romano no era más que un apoyo para la decadencia de la sociedad antigua, que acabó de precipitar ahogando la vida individual. La monarquía universal es un ideal falso, porque no admite el elemento de diversidad esparcido por Dios en toda la creacion. ¡Pues bien! La unidad católica es, en cierto modo, la reproduccion de la unidad romana; quiere imponer al mundo entero un solo y mismo dogma y hasta un solo y mismo culto, concentrando en manos de un solo hombre el inmenso poder de la Iglesia universal. ¡Pretensiones vanas! La humanidad ha roto la unidad religiosa de la Roma cristiana, así como rompió la unidad política de la Roma pagana. Quiere la libertad en el terreno religioso, como la quiere en el político.

La antigüedad no conoció la verdadera libertad, ni aún en sus repúblicas; pero hubo, sin embargo, una raza que practicó la libertad de la inteligencia. La filosofía es la gloria eterna de la Grecia, y quien dice filosofía, dice libertad de pensar: es la libertad individual en su más íntima profundidad. El cristianismo despojó al gentilismo de este dón de Dios. No corresponde á este lugar investigar las razones de este hecho. Solamente recordaremos que el último de los Helenos, Juliano el apóstata, protestó contra la victoria del Galileo, y que la posteridad ha tomado en cuenta su oposicion.

El genio libre de la Grecia, resucitando en el siglo xv, ha devuelto al espíritu humano la libertad que constituye su vida; pero este *renacimiento* ha puesto fin al reinado del cristianismo tradicional. Si quiere recobrar el imperio sobre las almas, necesita forjarse nuevamente en el espíritu más amplio de los Padres de la Iglesia griega, y tiene que dar satisfaccion á necesidades,

ideas y sentimientos que no ha conocido ó de que ha prescindido.

No puede, pues, decirse con exactitud que la mision de la antigüedad fué exclusivamente preparatoria. Ha preparado al cristianismo, es verdad; pero, como la religion cristiana no satisfacía á una necesidad imperecedera del espíritu humano, el gentilismo ha salido de su sepulcro para combatir la tiranía del dogma cristiano, y la Grecia ha vencido. Prueba indudable de que el cristianismo no es la última palabra de Dios. No satisface ni aún las necesidades que el mundo antiguo habia ya manifestado. El mosaismo tenía la grande ambicion de realizar la igualdad en la vida civil. El cristianismo, religion del otro mundo, abandonó la tierra al César, y se contentó con el cielo. Léjos de pensar en abolir la esclavitud, iniquidad de las iniquidades; la santificó en cierto modo. El mosaismo tenía razon: la religion no debe dirigir nuestras miradas únicamente hácia la vida futura: tambien la vida actual es santa, y en ella debe el hombre realizar el bien y la verdad, en cuanto lo permite su imperfecta naturaleza. El cristianismo, que tan exclusivamente se preocupa de la vida futura, ¿da siquiera de aquella existencia una idea que responda á las esperanzas de la humanidad? Tambien en este punto, verdaderamente fundamental, hubo una religion antigua que superó al cristianismo. El mazdeismo es una religion de lucha y de actividad: la luz combate incesantemente con las tinieblas, pero al cabo vence el bien y todas las criaturas se salvan. El cristianismo histórico, apoyándose en algunas palabras de Cristo y de San Pablo, enseña que la inmensa mayoría del género humano está condenada á los fuegos eternos del infierno. Desoladora creencia que constituyó por mucho tiempo la fuerza de la Iglesia, pero que será la causa de su ruina, y que decidiria la muerte de la religion cristiana, si ésta continuase aferada á un dogma que la humanidad rechaza.

El cristianismo no es, pues, la doctrina definitiva. No hay doctrina definitiva, porque el hombre no conoce ni puede conocer la verdad absoluta. Nuestro destino es caminar hácia la realizacion de un ideal que nunca alcanzaremos y de que no tendremos nunca completa conciencia. Pero no es poco el saber que tenemos delante un ideal; esta conviccion nos salva del fatalismo de la antigüedad y es el principio más activo de nuestro perfeccionamiento.